

# NEW LEFT REVIEW 122

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2020

## PANDEMIA

MIKE DAVIS	Entra en escena el monstruo	11
AI XIAOMING	Diario de Wuhan	20
MARCO D'ERAMO	La epidemia del filósofo	28
N. R. MUSAHAR	Medidas de inanición en la India	34
ROHANA KUDDUS	Limoncillo y plegarias	42
MARIO SERGIO CONTI	Pandemonio en Brasil	50
VIRA AMELI	Sanciones y enfermedad	57
R. TAGGART MURPHY	Oriente y Occidente	67

## ARTÍCULOS

MICHAEL DENNING	El <i>impeachment</i> como forma social	75
OWEN HATHERLEY	El gobierno de Londres	93
SHAOHUA ZHAN	La cuestión de la tierra en China	131

## CRÍTICA

CHRIS BICKERTON	La persistencia de Europa	153
TERRY EAGLETON	Ciudadanos de Babel	161
LOLA SEATON	¿Ficciones reales?	168
JOHN MERRICK	Dorando la Gran Bretaña de posguerra	182

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
traficantes de sueños

---

[SUSCRÍBETE](#)

## EL GOBIERNO DE LONDRES

**L**ONDRES ES PROBABLEMENTE la capital más descollante, en relación con el país que gobierna, entre los grandes Estados. En cierto sentido, siempre ha sido así: la sede del poder político en Westminster y el centro financiero de la City se establecieron allí desde la Edad Media. Tuvo que hacer frente al desafío que supuso, hasta cierto punto, la aparición de grandes conurbaciones fabriles en las Midlands y el norte de Inglaterra, en Escocia y en el sur de Gales desde principios del siglo XIX, pero el eclipse del poder industrial británico desde la Segunda Guerra Mundial ha reforzado la preeminencia de Londres. Los límites de la ciudad albergan casi 9 millones de habitantes, un récord histórico, sin incluir una enorme área metropolitana que abarca aproximadamente 14 millones de personas que trabajan en la capital, lo que supone alrededor de cinco veces el tamaño de sus rivales más cercanas en el Reino Unido (el Gran Manchester, Birmingham y Glasgow). En términos de diferencias regionales, los resultados son enormes. Como señala Tom Hazeldine, los abismos en cuanto a riqueza, nivel de vida y productividad entre el área de Londres y el norte, Gales y las Midlands hacen que Gran Bretaña sea, con mucho, el país regionalmente más desigual de Europa<sup>1</sup>.

En términos de escala, el Gran París y la Île de France pueden compararse a Londres, pero el dominio parisino se ve suavizado por el peso de auténticos centros de poder regionales en Lille, Nantes, Lyon, Burdeos

---

<sup>1</sup>Tom Hazeldine, «La rebelión de las áreas industriales deprimidas», *NLR* 105, julio-agosto de 2017.

y Marsella. Un lugar como Le Havre, hogar de 170.000 habitantes, disfruta de una infraestructura cultural y de transporte público mucho más desarrollada que, por ejemplo, Leeds, que cuenta con una población de 790.000. Berlín y Madrid, la primera y segunda ciudades mayores de la Unión Europea, tienen menos de la mitad de la población que Londres; junto con Roma, Varsovia y Bucarest, compiten con rivales regionales mucho más fuertes. Y aunque el dominio de Atenas es extremo, Grecia es un país mucho más pequeño; su influencia es más parecida a la ejercida por Viena y Budapest, antiguas capitales imperiales aisladas, en las demediadas Austria y Hungría, o al dominio de Riga sobre la pequeña Letonia. Estambul, mayor que Londres, se rige desde Ankara. Solo Moscú, con su inmensidad rapaz y su diferencia económica radical respecto a su empobrecida nación anfitriona, es verdaderamente comparable; e incluso en este caso, San Petersburgo es un rival mucho más poderoso que Manchester o Birmingham.

Esto no era inevitable. Londres se contrajo drásticamente entre 1940 y 1980, perdiendo alrededor de 2 millones de habitantes. Se trató del deliberado resultado del reasentamiento sistemático de londinenses en nuevas ciudades y del «desbordamiento» hacia los Home Counties circundantes. A principios de la década de 1980 Londres se enfrentaba a los mismos problemas de desempleo, desindustrialización y «declive controlado» que ciudades como Liverpool, Manchester y Glasgow. Lo que hizo posible su influencia actual, y acabó creando su marcada divergencia electoral respecto al resto de Inglaterra, fue la combinación peculiar de las tendencias culturales y económicas que surgieron durante aquella década. En cierto sentido, fue consecuencia histórica de la exigencia del *rottweiler* de Thatcher, Norman Tebbit, de que los desempleados del norte «monten en sus bicicletas y busquen trabajo»; los nuevos empleos surgieron en parte de la expansión de empresas y servicios impulsada por la recién desregulada City de Londres. Pero el crecimiento de la capital también se debió a que es el centro de la industria cultural, así como un faro muy publicitado de la tolerancia sexual y racial, una especie de crisol posimperial.

Sin embargo, ese carácter de Londres como crisol —ha acogido no sólo a millones de personas de África occidental, Asia oriental, América Latina y Europa del Este, sino también a numerosos huidos de las regiones dismanteladas de Barrow-in-Furness, Bridgend, Bradford y Bilston— es una consecuencia a largo plazo de haber sido una ciudad profundamente

capitalista gobernada en buena medida, cuando lo ha sido, *desde la izquierda*. Las elecciones generales de diciembre de 2019 marcaron la cuarta vez en cuatro años en que Londres se desvió de la mayoría del resto del país en una votación nacional, apoyando a los laboristas de Corbyn frente al alud conservador. En las elecciones de 2015 los conservadores perdieron cientos de miles de votos y varios escaños importantes en la capital. En el referéndum sobre la UE de 2016, Londres se unió a Escocia como la parte más monolíticamente partidaria de la permanencia del Reino Unido en la misma. En la mayor parte de Inglaterra, las elecciones de 2017 registraron importantes alzas tanto para los laboristas como para los conservadores, pero en Londres el gobierno de May fue duramente derrotado (incluso Kensington cayó en manos de los laboristas) y varias ciudades dormitorio y ciudades satélites del sudeste registraron notables oscilaciones hacia la izquierda, como si la política de Londres se estuviera filtrando y propagando.

### *Una ciudad local*

Los relatos convencionales de la historia de Londres se concentran en las «dos ciudades», centros gemelos de riqueza y poder, cada uno de ellos con sus edificios monumentales y su crecimiento explosivo entre los siglos XVII y XX. La Milla Cuadrada de la City de Londres es la ciudad romana, siendo los límites de su «Corporación» los de las murallas de entonces: un centro financiero y de intercambio mercantil comparable a Ámsterdam o Hamburgo, con su catedral de St Paul y sus muelles que se extienden río abajo desde la Torre de Londres, por un lado; una fortaleza fundada en el siglo XI por Guillermo el Conquistador, quien también creó la sede del gobierno en Westminster, situado pocos kilómetros más arriba a las orillas del Támesis, ahora identificable por la fantasía industrial gótica del Parlamento y las acreciones puntiagudas de la Abadía de Westminster, por otro. Los amantes del teatro jacobita agregarían la City de Southwark, justo al otro lado del Támesis desde St Paul, con su destartalada catedral ubicada hasta hace poco entre almacenes apestosos.

La historia habitual tiende luego a rastrear a partir de ahí una extensión semiaccidental de barrios alejados. En el siglo XVII la City y Westminster estaban unidas por Covent Garden y Holborn a lo largo del eje del Strand; Londres acabaría absorbiendo las dársenas industriales que emergían

en Deptford, Greenwich y Woolwich<sup>2</sup>. Pero la verdadera expansión se produjo a fines del siglo XVIII y principios del XIX, cuando el Londres imperial se convirtió en la mayor ciudad de la historia humana, galardón que mantendría hasta la década de 1920. El «adosado georgiano» de fachada plana comenzó a alfombrar Middlesex, Essex y Surrey, dando a la ciudad resultante sus distritos interiores: aristocráticos (Mayfair, Belgravia), burgueses (Camberwell, Islington, Notting Hill) y proletarios (Stepney, Paddington, Lambeth). A ellos se unieron a mediados del siglo XIX los «suburbios ferroviarios» similares a los del norte industrial –New Cross, Tottenham, Finsbury Park, Acton–, mientras que el East End de la City se expandía en una inmensa y empobrecida zona subproletaria de trabajadores portuarios temporales y oficios «informales»<sup>3</sup>. En el siglo XX las áreas suburbanas de nueva construcción –Pinner, Sidcup, Hillingdon, Ilford– se extendieron en campo abierto hasta que se estableció un límite legal mediante la creación de un «Cinturón Verde» en la década de 1930.

La leyenda dice que todo esto fue creado por la «mano invisible». Históricamente, Londres nunca estuvo sujeta a un plan; después del Gran Incendio de 1666, Christopher Wren, el principal arquitecto que rediseñó el paisaje de la ciudad con cúpulas y campanarios, propuso una remodelación racional y «continental» con calles rectas y rotondas; pero cualquier construcción que estorbara a la actividad comercial fue vetada por los burgueses de la ciudad<sup>4</sup>. Esto supuso un marcado contraste con las capitales absolutistas como París, Berlín, Viena o Petersburgo; la monarquía y sus elementos militares todavía ocupan grandes zonas del centro de la ciudad, pero el Palacio de Buckingham parece un hospital victoriano en comparación con el Palacio de Invierno. Los adosados del interior de la ciudad de Londres fueron derribadas a bajo precio y sus fachadas rectas «clásicas» se sometieron a empresas especulativas construidas caóticamente: el famoso fenómeno de «la delantera de la Reina Anne y el trasero de Mary-Ann». Así se mantendría, hasta los suburbios adosados «de estilo neotudor» de la época de entreguerras.

---

<sup>2</sup> El mito persistente de que la industrialización de Londres fue una especie de fenómeno tardío de principios del siglo XX y, por lo tanto, un breve periodo en la historia de la capital, se basa en ignorar esos distritos del sudeste de Londres o bien en considerarlos de alguna manera «no londinenses».

<sup>3</sup> Sobre esta zona, y sobre el fracaso de la izquierda en ella, el texto clásico sigue siendo Gareth Stedman-Jones, *Outcast London: A Study in the Relationship between Classes in Victorian Society*, Londres, 1982.

<sup>4</sup> Una excepción parcial, construida a partir de una mezcla típicamente capitalista inglesa de corrupción y patrocinio real, son las «mejoras» de la era de la Regencia de John Nash, una columna vertebral burguesa neoclásica barata y extravagante en el centro de Londres, desde Piccadilly Circus hasta Regent's Park.

En esta lectura<sup>5</sup>, Londres fue repentinamente asaltada por un brote de «planificación» después de la Segunda Guerra Mundial, con edificios de viviendas impopulares de hormigón y autopistas que plantaron sus rectángulos en las sinuosas calles y callejones, una interrupción afortunadamente corta de un reinado del *laissez-faire* que se reanudó bajo Thatcher, cuando las «fuerzas del mercado» reconfiguraron los muelles abandonados ofreciendo un segundo hogar a la City en el reluciente enclave de rascacielos de Canary Wharf. Lo que esa narración no tiene en cuenta –lo que prácticamente resulta borrado de las historias populares, salvo algunas referencias simbólicas a «Red Ken» Livingstone–, es el tercer centro de poder de Londres. La ciudad no era simplemente la sede desde la que se gobernaba el imperio, sino también un centro del socialismo municipal, el lugar desde el que la capital se gobernaba a sí misma. Durante noventa años, desde la década de 1890 hasta la de 1980, Londres construyó un Estado del bienestar local que rivalizaba con los de Viena, Bolonia o Estocolmo.

Este tercer centro también tenía –y hasta cierto punto todavía tiene– una ubicación geográfica específica y fácilmente identificable, coloquialmente llamada «el South Bank». Comienza, cruzando el Támesis, en Westminster, con el enorme Ayuntamiento construido en las décadas de 1910 y 1920 para albergar el London County Council (LCC), el gobierno de Londres entre 1889 y 1964, y el Greater London Council (GLC), su sucesor desde 1965 hasta 1986. El LCC compró ahí varios talleres de industria ligera para el Festival de Gran Bretaña de 1951 y gradualmente construyó el South Bank como el escaparate cultural que la ciudad del *laissez-faire* nunca tuvo: el Royal Festival Hall y el National Film Theatre en 1951; salas de conciertos más pequeñas –el Queen Elizabeth Hall, la Purcell Rooms– y la Hayward Gallery en 1968; el Teatro Nacional en 1979. A esto se añadieron en la década de 1980 los Coin Street Community Builders frente a St Paul, patrocinados por el GLC, junto con la Tate Modern, cuyas dimensiones hubieran colmado los sueños de Albert Speer, a finales de la década de 1990. Finalmente, en 2000, el conjunto sería completado por el Ayuntamiento, que albergaría al nuevo alcalde y la Asamblea de Londres en un elegante edificio de vidrio frente a la Torre de Londres. Se podía detectar alguna indicación del cambio

---

<sup>5</sup> Un ejemplo reciente y representativo es Simon Jenkins, *A Short History of London: The Story of a Wealth Capital*, Londres, 2019; el texto clásico es Peter Ackroyd, *London: The Biography*, Londres, 2000. Ambos recurren al estudio mucho más sutil y ambiguo del historiador danés Steen Eiler Rasmussen, *London: The Unique City* [1934], Harmondsworth, 1960.

de prioridades en la forma en que se alquiló el nuevo Ayuntamiento a los promotores de un complejo de oficinas de gestión privada, que forma parte de un patrimonio inmobiliario de 5,2 hectáreas denominado «More London», en gran parte propiedad del fondo soberano de Kuwait.

Visto así, el estatus de Londres como un caso político atípico comienza a tener más sentido. Ha sido una ciudad con mucha más frecuencia de izquierdas que conservadora e incluso la historia de éxito neoliberal en la que se ha convertido desde la década de 1990 ha sido administrada en su mayor parte por la izquierda. En el siglo XXI, la capital ha pasado ocho años bajo el gobierno de una administración confesamente socialista y cuatro bajo la «izquierda blanda». Los remanentes, los hábitos mentales y las formas de vida creados por las administraciones socialistas y los movimientos sociales han sobrevivido bajo el capital financiero. Además, las primeras víctimas del sistema de Londres suelen ser los y las londinenses, ya sean los millones que se ven obligados a habitar viviendas inseguras y en mal estado y a trabajar semanas laborales de sesenta horas, o los setenta y dos residentes abrasados en el infierno de la Torre Grenfell. Revisar la historia ignorada de Londres como centro del socialismo local también ofrece una salida potencial para una ciudad ahora bajo el dominio de un gobierno nacional conservador que tiene tan escasa legitimidad aquí como en Escocia. Hay muchos precedentes y mucho que aprender para la izquierda en esta historia; después de todo, los dos experimentos más amplios y radicales de la capital en el ámbito del socialismo municipal, en las décadas de 1930 y 1980, fueron respuestas directas a catastróficas derrotas nacionales del Partido Laborista. Además, se puede deducir mucho de cómo podrá ser un gobierno de Boris Johnson a partir de su forma de gobierno como alcalde de Londres entre 2008 y 2016: su aceptación del estatus cultural y social de Londres al tiempo que exacerbó, vía estímulo del beneficio privado, la terrible situación del problema de la vivienda en la ciudad, combinación que finalmente hizo que los conservadores no fueran votados en la mayor parte de Londres.

## I. EL LONDON COUNTY COUNCIL: ¿DESALOJANDO A LOS TORIES?

Londres no fue pionero en el socialismo municipal. Birmingham y Glasgow, donde se ofreció el «socialismo del gas y el agua» desde 1872, se adelantaron varias décadas a la capital. Sus ejemplos fueron solo

parcialmente seguidos por el Metropolitan Board of Works [Consejo Metropolitano de Obras de Londres], establecido tardíamente en 1855 para administrar lo que ya era una conurbación gigante. El proyecto más famoso del Metropolitan Board of Works, el del alcantarillado de Londres, se puso en marcha a raíz del «Gran Hedor» de 1858, cuando un gran flujo de aguas residuales que descendía por el Támesis se detuvo justo frente al Parlamento, causando el comprensible alboroto. A pesar de sus logros (el sistema de saneamiento, el Embankment en la orilla norte del río Támesis, muchos parques de Londres), el Metropolitan Board of Works fue menos un ejemplo de «socialismo municipal» que una emulación bastante pobre del París de Haussmann. Creó varios bulevares a través de áreas urbanas degradadas del centro, negándose siempre a realojar a sus habitantes. Esas nuevas vías (Charing Cross Road, Shaftesbury Avenue, Southwark Street) siguen siendo sombrías, cutres y visualmente descoordinadas. Se necesitaron varios escándalos de corrupción para que la Metropolitan Board of Works fuera finalmente reemplazado en 1889 por el London County Council (LCC), elegido hasta la primera década del siglo XX por sufragio restringido a los propietarios. La jurisdicción del LCC abarcaba la mayor parte de Londres, aunque los complejos industriales posteriores, como el vasto Park Royal en Willesden, situado al noroeste, se ubicarían estratégicamente fuera de sus límites para escapar a la regulación. El LCC también tenía que compartir sus funciones administrativas con los municipios locales, incorporando a menudo las de las parroquias tradicionales.

El LCC pretendía oficialmente no ser partidista, pero esto siempre fue una ficción. Durante sus primeros dieciocho años, desde 1889 hasta 1907, fue dirigido por los progresistas Liberales-Laboristas, que entonces operaban dentro del Partido Liberal y que acabarían formando la columna vertebral del Partido Laborista. Sidney Webb era miembro del LCC Progresista, al igual que sindicalistas obreros como John Burns, el cofundador del Partido Laborista Will Crooks y Ben Tillett, entonces miembro de la vagamente marxista Federación Socialdemócrata<sup>6</sup>. Aunque muchas de esas figuras terminaron como «socialimperialistas» bernsteinianos, vitoreando la entrada de Gran Bretaña en la Primera Guerra Mundial, sus ambiciones sociales eran sorprendentemente amplias. En la década de 1890 el LCC creó un Departamento de Obras, una organización de trabajo directo que pagaba cuotas sindicales, para llevar a cabo sus proyectos de construcción.

---

<sup>6</sup> John Davis, «The Progressive Council, 1889-1907», en Andrew Saint (ed.), *Politics and the People of London: The London County Council, 1889-1965*, Londres, 1989, p. 32.



El primero de ellos fue el Boundary Estate en Shoreditch, aclamado un siglo después en la película sobre la ciudad moderna *London* (1994) de Patrick Keiller como «un fragmento de utopía». Lo contemplamos durante un minuto en una toma con cámara estática de bloques de viviendas asociadas al movimiento Arts and Crafts de color rojo brillante situadas entre árboles, con niños asiáticos jugando entre los edificios. El Boundary Estate se jactaba de ser el primer proyecto municipal de viviendas del mundo y estableció un hito que no se sería fácilmente superado. Su combinación de materiales de alta calidad, urbanismo avanzado y amplitud, que se repitió poco después en el Millbank Estate de Pimlico, lo convirtió en el mejor trazado urbanístico construido en la capital hasta los proyectos del Camden Council de la década de 1970. La exuberancia visual y la generosidad espacial del Boundary Estate contrastaba notoriamente con las «viviendas modelo» caritativas del Peabody Trust de la época victoriana, más parecidas a cuarteles o cárceles; pero como estas, estaba destinado a los «pobres que se lo merecían». Su construcción hizo desaparecer la miserable área degradada de Old Nichol, pero se fijaron alquileres relativamente altos para cubrir los préstamos utilizados para comprar los terrenos a los muchos propietarios del lugar<sup>7</sup>. Esto indujo un cambio de rumbo en proyectos posteriores, como el de White Hart Lane en Tottenham o los Totterdown Fields en Tooting; ambos quedaban fuera de los límites del LCC, donde el suelo era más barato y la construcción podía extenderse optando por casas unifamiliares en lugar de edificios de viviendas. Mantuvieron la atención al detalle, la artesanía y la elegancia, así como la utilidad de los proyectos urbanos de Boundary y Millbank inspirados en William Morris y sus alquileres más baratos permitieron albergar a más inquilinos de la clase trabajadora. El «paria londinense» victoriano del East End rara vez se benefició de tales proyectos: el colosal y protomodernista albergue de Carrington House en Deptford, construido en 1903, es una excepción tardía y reveladora.

Estas y otras iniciativas del LCC llevadas a cabo durante aquella época (en educación, transporte público o servicio de bomberos, gran parte de cuyas sedes serían reubicadas en Parques de Bomberos inspirados en los criterios arquitectónicos del movimiento Arts-and-Crafts por el Departamento de Obras) fueron publicitadas intensamente por la administración progresista, lo que las hizo vulnerables, tanto a la

---

<sup>7</sup>Lynsey Hanley, *Estates: An Intimate History*, Londres, 2007, pp. 53-56. En esta cuestión y a lo largo de todo el artículo, estoy en deuda con el libro de John Boughton, *Municipal Dreams*, Londres, 2017, y con el blog del mismo nombre, que ha descrito casi todos los proyectos de promoción de viviendas importantes de Londres.

hostilidad parlamentaria (los gobiernos conservadores vetaron regularmente los intentos del LCC de ampliar su poder) como a los cambios electorales nacionales. Los Progresistas perdieron Londres en 1907 y los Reformadores Municipales –esencialmente conservadores proteccionistas, que se habían hecho con el LCC como resultado de una revuelta suburbana contra los impuestos y los «grandes proyectos» para la clase trabajadora– gobernarían hasta 1934. De hecho, llevaron a cabo algunos de los proyectos del Departamento de Obras, que se hicieron aún más grandiosos, al menos en escala. Incluían la enorme promoción de vivienda pública (10 km<sup>2</sup>) de Becontree en torno a la nueva fábrica de Ford en Dagenham, así como la nueva sede del LCC, el County Hall.

Iniciado en 1911, este gigantesco complejo neobarroco se construyó directamente frente al palacio de Westminster. La grandeza fría y piranesiana del County Hall lo asemejaba más a los diversos complejos del gobierno imperial que se estaban construyendo en aquel momento en Pretoria, Nueva Delhi o Belfast, que a la calidez e irregularidad de los proyectos anteriores del LCC<sup>8</sup>. Pero la administración *tory* del periodo de entreguerras estaba sorprendentemente interesada en los experimentos del Ayuntamiento de Viena gobernado por los austromarxistas, que entonces constituía el mayor escaparate de construcción municipal del mundo. Además de zonas similares a Becontree, el LCC de la década de 1920 emprendió varios proyectos de construcción de viviendas en el centro de la ciudad concebidos en un estilo monumental, neogeorgiano, generalmente con viviendas decentes, pero espacios públicos pobres y descuidados. El mayor de ellos, el Ossulston Estate en Somers Town, cerca de Euston, se parece mucho a su precedente vienés, con una secuencia de arcos audaces que casi captan el espíritu del Karl-Marx-Hof de Viena. Su edificio central, el Levita House, lleva el nombre del jefe del LCC en aquel momento, el teniente coronel Sir Cecil Bingham Levita. En los años de entreguerras, el proletariado de la ciudad se parecía menos a los «miserables de Londres» y más al del norte del país, bien pertrechado de cooperativas, sindicatos y clubes de trabajadores abiertos en casi todos los barrios. Al mismo tiempo, Londres se estaba expandiendo rápidamente más allá de su perímetro hacia una nueva

---

<sup>8</sup> Al ocupar este edificio en 1981, los concejales de la izquierda laborista se sorprendieron por sus complejidades laberínticas (siete millas de corredores) y por la cultura almacenada en él. En el quinto piso, detrás de una puerta asegurada por una pesada cadena y un candado, descubrieron «un enorme templo masónico», que fue «rápidamente entregado a la Unidad de Mujeres recién constituida», Andrew Hosken, *Nothing Like A Dame: The Scandals of Shirley Porter*, Londres, 2006, p. 56.

área suburbana de viviendas semiadossadas, construida principalmente por especuladores y fuera en gran medida de la jurisdicción del LCC. La industria pesada siguió su ejemplo, acompañada de las industrias ligeras de bienes de consumo, como quedó demostrado en la «milla de oro» de las fábricas *art déco* situadas a lo largo de la Great West Road. Esa expansión fue alentada activamente por los dos conglomerados privados rivales que construyeron las líneas de metro: Metropolitan, que compró y desarrolló áreas de los Home Counties en una «tierra del metro» pequeñoburguesa; y el Underground Group, fundado por el magnate y criminal de Chicago Charles Tyson Yerkes, que construyó las primeras líneas profundas a partir de 1900 y desarrolló sus propias operaciones de especulación inmobiliaria en Edgware y Golders Green.

### *Ladrillo a ladrillo*

Fue esta situación —una clase media profesional, que se movía más allá de los límites del LCC mediante un sistema de transporte administrado incoherentemente, y un proletariado sindicalizado cada vez más activo—, lo que propició que el Partido laborista llegara al poder en 1934 y lo mantuviera durante los siguientes treinta y tres años. Dirigido por Herbert Morrison, hijo de un policía del sur de Londres y exalcalde de Hackney, su proyecto fue una respuesta explícita a la colosal derrota sufrida por los laboristas en las elecciones generales de 1931. El gobierno municipal de Londres dirigido por Morrison tuvo una importancia decisiva para definir en la práctica qué era el «socialismo» para el Partido Laborista —él lo definía descaradamente como «lo que hacen los gobiernos laboristas»—, hasta la década de 1980. Las nacionalizaciones del gobierno de Attlee en 1945 se pusieron a prueba en Londres una década antes con la creación del London Transport por Morrison, al igual que sus políticas municipales de construcción masiva de viviendas y de creación de centros de salud y hospitales gratuitos territorialmente distribuidos. Incluso el boato radical del GLC de la década de 1980 puede considerarse como una prolongación de proyectos de Morrison como el Festival de Gran Bretaña.

Debido a su papel conservador en el gobierno de Attlee —especialmente durante su breve periodo como secretario de Asuntos Exteriores bombardeando Corea, entrometiéndose en Palestina y tratando de superar a los estadounidenses en el derrocamiento de Mossadegh en Irán—, el nombre de Morrison ha sido aborrecido por la izquierda internacionalista. En el frente interno, como argumentaba Paul Foot en un artículo

titulado «Portrait of an Appalling Man», la idea de Morrison de «propiedad pública» significaba un capitalismo de Estado concebido de arriba abajo, que simplemente convertía a los antiguos gerentes en burócratas, mientras eludía cualquier tipo de rendición de cuentas democrática o de control por parte de los trabajadores. Foot señalaba que bajo el reinado de Morrison en el ICC «se hicieron cambios sustanciales en beneficio de los trabajadores»: los pacientes obtuvieron un mejor tratamiento hospitalario, al igual que los ciegos y los enfermos mentales; las escuelas mejoraron y se construyeron más piscinas de natación, lugares de descanso, piscinas para niños, instalaciones deportivas y campos de bolos sobre hierba<sup>9</sup>.

Lo más importante, tal vez, fue la nacionalización del servicio de metro y la mayor parte de la gestión del nuevo organismo creado a partir del Underground Group bajo la dirección de su jefe angloamericano, Lord Ashfield. La marca del Underground Group —el «círculo rojo», la tipografía de Edward Johnston, los carteles modernistas y los diseños conmovedoramente elegantes de las estaciones del arquitecto Charles Holden, todo ello ideado por el segundo al mando de Ashfield, el socialista ruskiniano Frank Pick— se iba a convertir en la imagen del London Transport. Para el historiador del diseño Michael Saler, la fusión en ese organismo del modernismo continental con las concepciones del Arts and Crafts en la década de 1930 fue el único equivalente británico real a la Bauhaus o De Stijl, un programa integral de arte, diseño y arquitectura de interés público, con carteles para las estaciones y trenes nacionalizados de grandes artistas, desde Man Ray hasta Moholy-Nagy. Frank Pick fue quizá la única figura británica de la época comparable a los planificadores socialdemócratas de entreguerras como Martin Wagner en el Berlín de la República de Weimar<sup>10</sup>.

El fuerte perfil público del London Transport proporcionó el modelo para la idea del Partido Laborista de la corporación pública independiente

---

<sup>9</sup> Paul Foot, «Portrait of an Appalling Man», *International Socialism*, febrero de 1974. Foot reseñaba en este texto la biografía de Bernard Donoghue y G. W. Jones, *Herbert Morrison: Portrait of a Politician*, Londres, 1973.

<sup>10</sup> Michael Saler, *The Avant-Garde in Interwar England: Medieval Modernism and the London Underground*, Oxford, 2001. Es instructivo comparar la alta calidad de la arquitectura inicial del London Transport, perfilada en David Lawrence, *Bright Underground Spaces*, Londres, 2009, con la mala calidad de la mayoría de los edificios de British Rail, tal como se muestra en D. Lawrence, *British Rail Architecture*, Manchester, 2018. Sobre Frank Pick, véanse también Jonathan Glancey, *London: Bread and Circuses*, Londres y Nueva York, 2003; y Oliver Green, *Frank Pick's London*, Nueva York, 2014.

administrada por una junta de expertos «independientes»<sup>11</sup>. La otra decisión crucial del LCC dirigido por Morrison fue la creación de un cinturón verde para limitar el desarrollo suburbano. Fue el primer paso de un proceso que condujo a la contracción de Londres en los años de posguerra, con el aliento a las familias de la clase trabajadora a mudarse a una serie de nuevas ciudades en los Home Counties: Stevenage, Hemel Hempstead, Basildon, Harlow, Crawley y Hatfield fueron construidas siguiendo el modelo de la ciudad jardín autónoma dotada de industria ligera, que durante mucho tiempo había sido una célebre causa fabiana<sup>12</sup>. Ese empeño en trasladar a los trabajadores a Hertfordshire no responde a la apócrifa pretensión de Morrison, citada con frecuencia, de que el LCC «expulsara a los conservadores de Londres», y poco se hizo en este sentido durante los años en que gobernó la capital. Por el contrario, el mayor esfuerzo se dedicó, como en Viena, a arrebatarse a los grandes propietarios de las viviendas deterioradas e insalubres del centro de la ciudad. Las viviendas eran ahora mayores y mejor construidas y el alquiler se redujo drásticamente para los que llegaban a viviendas municipales desde barrios marginales degradados, que el LCC estaba ahora despejando a gran escala. Gran parte del centro de Londres se define todavía por los modestos edificios de cuatro pisos con acceso continuo cubierto, de ladrillo marrón y azulejos –un poco modernistas, un poco georgianos– construidos durante el mandato de Morrison.

Después de la guerra, el último proyecto de Morrison en Londres fue la renovación del South Bank para el Festival de Gran Bretaña celebrado en 1951, un escaparate liviano para una Gran Bretaña moderna futura, denunciado por Winston Churchill como «propaganda socialista tridimensional»<sup>13</sup>. Modelada inicialmente a partir del Parque Gorki de Moscú, más clásico, la transformación del South Bank fue obra de un Departamento de Arquitectos del LCC reorganizado, formado por jóvenes idealistas partidarios del movimiento moderno recién salidos de las escuelas de arquitectura y a menudo recién desmovilizados. Su principal proyecto inaugural fue el Royal Festival Hall, un edificio característico del

---

<sup>11</sup> James Gillespie. «Municipalism, Monopoly and Management: The Demise of “Socialism in One Country”, 1918-1933», en A. Saint (ed.), *Politics and the People of London: The London County Council, 1889-1965*, cit., p. 110.

<sup>12</sup> El propio Morrison había vivido durante un breve periodo en la primera ciudad jardín de Letchworth y allí conoció a su primera esposa, Margaret Kent, una trabajadora de la fábrica de la Spirella Corset Company.

<sup>13</sup> Sobre el Festival y su mitología, véase John Jervis, «Raining on our own Parade», *Icon*, febrero de 2019.

movimiento moderno, igualitario y espacialmente extravagante, que fue el primero de su tipo en Gran Bretaña. El Departamento de Arquitectos del LCC rechazó las viviendas de ladrillo oscuro de la década de 1930, con sus espacios públicos desolados y pavimentados, y optó, en cambio, por el diseño de duplex y torres frondosas, panorámicas y corbusianas. Con frecuencia se construyeron en propiedades inmobiliarias aristocráticas que habían sido expropiadas, preservando los árboles y caminos de los jardines formales del siglo XVIII. Las viviendas construidas en la mayor de promociones, Alton Estate en Roehampton, fueron descritas por un crítico estadounidense como «las mejores viviendas de bajo coste del mundo»<sup>14</sup>.

Un aspecto importante, aunque no deliberado, del desarrollo de posguerra de Londres fue evitar el modelo parisiense de la *banlieue*, un cinturón periférico segregado, más tarde racializado, destinado a la clase obrera. Ello fue consecuencia de un curiosa mezcla de planificación y horrible accidente: la Luftwaffe, aunque arrasó los Docklands, bombardeó el resto de Londres al azar. Ello supuso que la mayoría de las viviendas de posguerra de Londres se construyeran en sitios dañados por las bombas dispersos por toda la ciudad; no hay un distrito de Londres, fuera de Belgravia y Mayfair, que no tenga propiedades municipales de tamaño significativo<sup>15</sup>. Los migrantes del Caribe y el subcontinente indio de las décadas de 1950, 1960 y 1970 se ubicaron generalmente, en un primer momento, en adosados victorianos de baja calidad, pero con el tiempo muchos se trasladaron a los cientos de viviendas municipales del LCC. Aunque Londres es enormemente desigual en términos de raza y clase, no está segregado. Esto se debió en parte a que su población disminuyó fuertemente en aquellas décadas: por cada asiático, jamaicano o ugandés que se mudó a la capital durante los años de posguerra, muchos más londinenses se mudaron a las áreas suburbanas de Stevenage, Luton, Essex o Kent, generalmente con el aliento del LCC. Los planes para reducir la densidad de Londres fueron una de las principales causas del proceso que Jane Jacobs llamaría más tarde «deschabolización»: las nuevas ciudades más allá del Cinturón Verde absorbieron una enorme porción de la clase trabajadora cualificada de Londres.

---

<sup>14</sup> G. E. Kidder Smith, *The New Architecture of Europe*, Londres, 1962, p. 40. El Departamento de Arquitectos del LCC ayudó a capacitar a una generación de diseñadores y pensadores, incluidos Alison y Peter Smithson, Ron Herron, Colin St John Wilson y Alan Colquhoun.

<sup>15</sup> En particular, yo vivo en una pequeña vivienda de propiedad pública, verde y tranquila, en el centro de Camberwell, construida donde había unos adosados destruidos por un cohete V1 en 1944.

## 2. EL GREAT LONDON COUNCIL: LA BATALLA POR EL GOBIERNO MUNICIPAL

El surgimiento del «*Swinging London*» en la década de 1960, el consiguiente atractivo bohemio de la capital para la aburrida juventud provinciana, e incluso los primeros destellos de «gentrificación» en los barrios del centro no deberían engañarnos haciéndonos perder de vista la pauta general de despoblación y declive<sup>16</sup>. Grandes zonas de Londres quedaron sin reformar durante las tres décadas de gobierno laborista. La City conservó sus privilegios arcanos y su autogobierno. Su proyecto más impresionante, un lujoso complejo de edificios residenciales a varios niveles para los trabajadores de la City en el área denominada Barbican, devastada por los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, tenía la intención deliberada de aumentar el número de habitantes reales de la City para evitar que un gobierno laborista eliminara por completo sus privilegios<sup>17</sup>. Los primeros bloques altos de oficinas comenzaron a surgir en la década de 1960, algunos en la City y otros fuera de sus límites: la Euston Tower y el Centre Point, construidos en ambos extremos de Tottenham Court Road, fueron consecuencia de acuerdos firmados con el LCC, en los que los promotores especulativos prometían introducir mejoras en las vías o plazas públicas a cambio de que se les permitiera construir en altura; un anticipo de la forma en que Livingstone trataría de gestionar los intereses empresariales en la década de 2000. Center Point, con un diseño expresionista elegante y *kitsch*, al estilo de Niemeyer, del enormemente prolífico Richard Seifert, se hizo famoso al permanecer vacío hasta que lo invadieron ocupas ilegales. Aun así, hasta principios de la década de 2000 el paisaje urbano de Londres, como los de Sheffield, Glasgow o Berlín, estaba más definido por la vivienda pública que por las oficinas o edificios en condominio.

---

<sup>16</sup> El término «gentrificación» fue acuñado por la brillante socióloga emigrada de Weimar Ruth Glass para definir lo que estaba ocurriendo en áreas de «barrios bajos» como Islington, Camden o Notting Hill en su crucial ensayo «London—Aspects of Change» (1964), incluido junto con el igualmente profético «The Mood of London» (1973), en R. Glass, *Clichés of Urban Doom and Other Essays*, Oxford, 1989. Merece la pena señalar que los efectos de exclusión provocados por la gentrificación se vieron aliviados en gran medida en aquella etapa por la disminución general de la población y por la construcción continua de viviendas municipales, que cesarían en la década de 1980.

<sup>17</sup> Véase el perfil que ofrece el historiador de la arquitectura Barnabas Calder de esa notable «comuna bancaria» en su *Raw Concrete: The Beauty of Brutalism*, Londres, 2016.

El «Londres» legalmente definido y el que realmente existía ya no eran el mismo lugar. En 1964 el LCC fue reemplazado por el Greater London Council, que abarcaba ahora las áreas suburbanas, cuyos habitantes tenían ahora que pagar su parte de los impuestos municipales. La opinión laborista estaba en gran medida en contra debido al temor comprensible de que el nuevo organismo fuera conquistado por los conservadores, que es exactamente lo que sucedió. O, mejor dicho, el Gran Londres se convirtió en un punto indicativo en el horizonte, en barómetro de referencia. Hasta su abolición por Thatcher en 1986, el GLC pasaría de un partido al otro en cada elección: victoria laborista en 1964, arrasadora de los conservadores en 1967, y menor en 1970 y 1977, mientras que los laboristas ganarían abrumadoramente en 1973 y por poco en 1981. Como entidad, el GLC tenía menos poderes que el LCC, particularmente en el área de vivienda, y el Departamento de Arquitectos se redujo y reestructuró. El GLC retuvo el control final sobre la planificación y el London Regional Transport (desde 1970), y aún era el propietario de gran parte de las viviendas públicas de la capital. Geográficamente, sus límites abarcaban la mayor parte de la zona dentro del Cinturón Verde, un área enorme que se extiende desde Croydon hasta Watford, que hasta el día de hoy se halla en manos de la Greater London Authority.

De igual importancia para el gobierno local de Londres fue la consolidación de grandes distritos municipales, cada uno de los cuales contaba con la población de Coventry o Hull. A partir de 1964, la mayor parte del poder para construir viviendas municipales, que se mantuvo hasta la crisis petrolera de 1973, correspondía a esos consejos locales. Esto dio lugar a resultados radicalmente desiguales. Las autoridades locales que podían recaudar mucho dinero de los habitantes de las áreas suburbanas o de las empresas –Lambeth, con Ted Hollamby (excomunista y archivero de la Sociedad William Morris) como arquitecto municipal, y especialmente Camden, con el arquitecto Sydney Cook– se embarcaron en programas de vivienda de un humanismo, inteligencia y originalidad aún sin rival. Las áreas de baja altura y alta densidad de Cressingham Gardens, Myatt's Fields y Central Hill localizadas en Lambeth, o Highgate New Town, Alexandra Road y Branch Hill, situadas en Camden, superaron con creces a la vivienda privada de aquel o cualquier otro periodo en términos de espacio, calidez y diseño. Por el contrario, los consejos municipales del East End como Tower Hamlets y Newham no tuvieron la misma suerte presupuestaria y geográfica, y construyeron torres en su mayoría baratas y repetitivas, financiadas mediante acuerdos de



construcción estandarizados firmados con constructores especializados en edificación de gran volumen. Muchos otros consejos municipales se hallaban en una situación intermedia y distritos como Southwark, Islington o Haringey combinaron planes a medida y feos bloques de hormigón, según presupuestos y recursos. Esa fue la gran reserva de viviendas públicas desagrada por la *Housing Act* aprobada por Thatcher en 1980, que otorgó a los inquilinos el «derecho a comprar» sus casas a precios de saldo, respaldados por asombrosos incentivos financieros. Esta «privatización desde abajo» preparó el escenario para que una innovadora administración laborista asumiera de nuevo el control del County Hall.

### ¿Una comuna en South Bank?

Para la izquierda corbynista, la era de Livingstone de principios de la década de 1980 figura a menudo como una especie de Comuna de París socialdemócrata. Hostigada entonces por la prensa sensacionalista y la derecha laborista, los jóvenes socialistas de hoy la recuerdan como el periodo en que sus precursores construyeron una idea nueva y viable del socialismo, tan exitosa que tuvo que ser eliminada. En aquel momento Corbyn era un diputado laborista recién elegido, cercano a los debates del GLC y que compartía sus ideas; Diane Abbott trabajó como su secretaria de prensa; John McDonnell era el encargado de finanzas del GLC y el lugarteniente de Livingstone. El propio Livingstone, poco después de obtener el cargo en 1981, le dijo al mensual eurocomunista *Marxism Today* que el nuevo grupo dirigente del GLC era «la generación política posterior a 1968»<sup>18</sup>. Es decir, que era gloriosa y explícitamente antirracista, antihomófoba, antiimperialista, antisexistista, festiva, creativa y propagandística. Amaba los murales, la música pop, los colores y la ropa refulgente, despreciaba la nacionalización morrisoniana y volcaba el dinero en cooperativas y comunas.

Pero el GLC de Livingstone no era sectario y trató de tender puentes con la vieja izquierda sindical, expandiendo, por ejemplo, la tentativa solidaridad panracial y panregional mostrada entre mujeres asiáticas huelguistas y piquetes volantes transportados desde Yorkshire en la disputa de Grunwick en Dollis Hill a finales de la década de 1970. En la memoria de la urbanista radical Doreen Massey, que trabajó para el GLC durante aquel periodo, fue un breve momento en el que «las solidaridades y hermanamientos de unos lugares con otros durante la huelga de los mineros», los brazos unidos de Livingstone y Arthur Scargill, parecían

---

<sup>18</sup> John Gyford, *The Politics of Local Socialism*, Londres, 1985, p. 19.

«potencialmente trascendentales: el comienzo de un vínculo entre la vieja resistencia y los experimentos tentativos de la nueva». En cuestión de meses, no obstante, «ambas alas habían sido derrotadas» no solo por Thatcher y sus tropas, sino también por «el grueso del grupo parlamentario del Partido Laborista y por aquellos elementos presentes a todo lo largo del espectro político, que se encargaron de frustrar el intento de desarrollar una política que fuera feminista, antirracista y antihomófoba, además, simultáneamente, de desafiar al capital»<sup>19</sup>. Esto también fue profético.

Pero hay otra forma de considerar la era del GLC. En muchos aspectos sirvió para iniciar la capital multicultural de las «industrias creativas» que conocemos ahora; fue la primera vez que su gobierno declaró «London is Open», como repitió el actual alcalde después del Brexit. Fue entonces cuando la marea cambió. Livingstone se lo dijo así a Andy Beckett, periodista de *The Guardian* durante la década de 2010: «No queríamos que Londres siguiera declinando, aunque no creo que la viéramos desafiando a Nueva York en la forma en que finalmente lo hizo»<sup>20</sup>. Eso es precisamente lo que sucedió, aunque no del modo que Livingstone hubiera imaginado en aquel momento. Para evaluar el impacto del proyecto del GLC vale la pena distinguir entre su programa industrial y sus intervenciones culturales. El gran presupuesto del GLC se invirtió principalmente en el Greater London Enterprise Board (GLEB), un experimento preñado de «planificación popular». Fue concebido por Livingstone, McDonnell y su director, Mike Cooley, como una forma de crear monopolios estatales basados en el control y la autogestión de los trabajadores, que rompieran con los viejos modelos burocráticos, los cuales eran «totalmente insensibles a los consumidores –como dijo Livingstone– y responsables de la hostilidad hacia la empresa pública que sin duda existe»<sup>21</sup>.

Los centros arrasados de la industria ligera se rejuvenecieron con cooperativas y pequeñas empresas, mientras se elaboraban «Planes Populares» para antiguas áreas de industria pesada, como el proyecto de viviendas e industrias cooperativas en el gigantesco centro de Royal Docks en Newham. El GLC compró terrenos susceptibles de albergar planes similares en Coin

<sup>19</sup> Doreen Massey, *World City*, Cambridge, 2007, pp. 79-81.

<sup>20</sup> Andy Beckett, *Promised You a Miracle: UK 80-82*, Londres, 2015, p. 147.

<sup>21</sup> Ken Livingstone y Tariq Ali, *Who's Afraid of Margaret Thatcher?*, Londres, 1984, p. 53. Mike Cooley, jefe del GLEB, había sido el principal impulsor del «Plan Lucas» de 1976, que tenía como objetivo convertir la fábrica de armas Lucas Aerospace en una empresa productora de bienes útiles, no letales, autogestionada por el colectivo de trabajadores.

Street junto al National Theatre, en Battlebridge Basin cerca de King's Cross y en la fábrica de cerveza Courage en North Southwark. En cada caso, como dejaron claro Hilary Wainwright y Maureen Mackintosh, activistas y planificadoras del GLEB, «esos proyectos no habrían existido si no hubiera sido por una historia de lucha organizada por parte de los grupos locales»<sup>22</sup>. El experimentalismo del GLEB fue posiblemente una de las razones para la «creación de riqueza comunitaria» emprendida por el Ayuntamiento de Preston desde 2014<sup>23</sup>. El London Regional Transport también fue parte del experimento, dada la inversión adecuada por primera vez en décadas, con la ampliación del número de pasajeros gracias a una política de billetes baratos conocida como Fares Fair, rencorosamente derrotada en los tribunales por el Consejo *tory* de Bromley.

Pero la economía radical del GLC de Livingstone atrajo menos atención que su brillante boato y propaganda política. La diferencia respecto al antiguo régimen laborista era espectacular, sobre todo en cuestiones poscoloniales. Durante los disturbios de Brixton en 1981 –una protesta masiva contra las continuas prácticas policiales agresivas y racistas– se vio al nuevo presidente del GLC, como señaló *The Times* con horror, «en las calles de Brixton en el momento álgido de los disturbios». Livingstone defendió públicamente a los alborotadores y rechazó una invitación a la boda real, que iba a tener lugar en la catedral de St Paul, para poder estar en Brixton en «primera línea»<sup>24</sup>. En 1983, discutiendo la sorprendente popularidad en el Londres interior de las rotundas declaraciones del GLC en apoyo al Congreso Nacional Africano, a la unidad irlandesa, a las agrupaciones negras del Partido Laborista y a los derechos de los homosexuales –todo ello tremendamente magnificado por la prensa, mucho más que la economía de McDonnell– Livingstone concluyó que «no se puede transformar la sociedad» únicamente sobre la base de la clase trabajadora masculina blanca: «Se necesita una coalición que incluya trabajadores cualificados y no cualificados, desempleados, mujeres y personas negras, así como las minorías sexualmente oprimidas [...]. Eso significa que *nosotros* tenemos que cambiar»<sup>25</sup>.

---

<sup>22</sup> Maureen Mackintosh y Hilary Wainwright, *A Taste of Power: The Politics of Local Economics*, Londres y Nueva York, 1987, p. 280.

<sup>23</sup> Para una exposición favorable véase Aditya Chakraborty, «In an era of brutal cuts, one ordinary place has the imagination to fight back», *The Guardian*, 6 de marzo de 2019.

<sup>24</sup> A. Beckett, *Promised You a Miracle: UK 80-82*, cit., p. 143

<sup>25</sup> K. Livingstone y T. Ali, *Who's Afraid of Margaret Thatcher?*, cit., p. 66.

Fundamentalmente esto implicó una serie de festivales, conciertos y acontecimientos públicos. Los vestíbulos, terrazas y cafés del Royal Festival Hall del Departamento de Arquitectos del LCC se abrieron al público durante todo el día como una «sala principal para Londres», siguiendo el ejemplo del Kulturhuset de Estocolmo<sup>26</sup>. El nuevo GLC de izquierda se apartó radicalmente del puritanismo cultural que siempre había prevalecido en el Partido Laborista de Londres. A principios de la década de 1980, las subculturas bohemias que habían surgido en la capital –o se habían trasladado a ella– desde la década de 1960 recibieron su propia parcela de poder. El apogeo fue un festival en julio de 1984 coincidiendo con la huelga de los mineros, como recuerdan Mackintosh y Wainwright:

Durante todo el día, el County Hall se llenó de jóvenes punks, skinheads, rastafaris y una gran cantidad de otros londinenses. Acamparon en la gran escalera (reservada sólo para VIP en el pasado) y en los pasillos con paneles de madera del piso principal [...]. La cámara del consejo fue utilizada para un debate continuo sobre la abolición del GLC, que en determinado momento dio paso también a los discursos de Anne Scargill y las esposas de los mineros. El ambiente era realmente extraordinario: en el County Hall nadie había visto antes algo así<sup>27</sup>.

Aquella fue una muestra de democracia y accesibilidad, una visión momentánea de la ciudad que la nueva izquierda de Londres quería construir; nunca sabremos si podría haberse mantenido, pero Thatcher temía evidentemente que pudiera hacerlo. Livingstone, como Morrison, gobernó una capital que se desplazaba hacia la izquierda en un país que –casi tanto en 1983 como en 1931– giraba bruscamente hacia la derecha. Livingstone, como Morrison, pretendía que Londres fuera el microcosmos de cómo sería un gobierno socialista. Los conservadores, nerviosos por las cifras de desempleo que se mostraban constantemente en lo alto del County Hall, frente al Parlamento, lo sabían y lo aplastaron.

La legislación que abolió el GLC, junto con otros seis consejos metropolitanos, se aprobó en 1986, el mismo año en que el «Big Bang» de Thatcher desreguló la City de Londres»<sup>28</sup>. El «capitalismo de caballeros»

---

<sup>26</sup> A pesar de la venta masiva de los bajos del Festival Hall a cadenas de restaurantes, esa política sigue vigente.

<sup>27</sup> M. Mackintosh y H. Wainwright, *A Taste of Power: The Politics of Local Economics*, cit., p. 386.

<sup>28</sup> Esto sucedió al mismo tiempo que una final derrota laboral: la demolición por parte de Rupert Murdoch de uno de los últimos oficios fuertemente organizados en Londres, el de los impresores, en el curso de las batallas sobre el traslado de *News International* a la fortaleza de Wapping en los Docklands entre enero de 1986 y febrero de 1987.

fue sustituido por la actividad bursátil y de los mercados monetarios informatizados y desprovistos de toda restricción. A finales de la década de 1980 se construyó una segunda City, aún menos regulada, en los Docklands, donde el GLC había previsto desarrollar un «plan popular» creando en Canary Wharf, en la Isle of Dogs, un complejo de rascacielos junto al río, que contaba con financiación estadounidense. Aunque se anunciaba como un «no plan» puramente *laissez-faire*, Canary Wharf estaba respaldado, evidentemente, por una inversión masiva del gobierno central en transporte público –una nueva línea férrea ligera de los Docklands atravesaba por estrechos viaductos toda el área– y en el dragado y la limpieza posindustrial. Esto creó en Londres una elite atlantista completamente nueva, como argumentaría más tarde Massey. La City se convirtió en la Wall Street de Europa, una vía de comunicación entre Nueva York, Fráncfort, La Défense y Shanghái, mientras que la segunda City en Canary Wharf era algo completamente diferente, un área en la que afines a Lehman Brothers podían dedicarse a sus apuestas más arriesgadas; en palabras de Peter Gowan, era algo así como el «Guantánamo de Wall Street»<sup>29</sup>. El Londres actual es, más que nada, la consecuencia de esos dos acontecimientos de 1986.

### 3. LA GREATER LONDON AUTHORITY: FAUSTO EN EL CITY HALL

A medida que transcurre *London*, la película de Patrick Keiller, mientras Robinson pasea obsesivamente por la ciudad tratando de entender el triunfo del thatcherismo y su aparente ruptura con un capitalismo europeo de infraestructuras públicas, bienes de consumo de calidad y arquitectura moderna, llega un momento repetidamente compartido en las redes sociales por la joven izquierda londinense. Robinson y el narrador no identificado que le acompaña presencian la celebración de la victoria de los conservadores en 1992, después de haber ganado las elecciones al Partido Laborista. Mientras John y Norma Major agitan sus banderitas, el narrador, con voz rabiosa apenas controlada, enumera las predecibles consecuencias: aumento del número de los sintecho, deterioro del transporte público, contaminación, mala salud y denegación por mucho tiempo del derecho a la ciudad de elegir su propia cámara de representación. Londres era territorio ocupado y el deseo de sus habitantes de «libertades de la vida urbana» sería aplastado sin piedad por un «gobierno suburbano» vengativo, racista, puritano y filisteo. «Ya no

---

<sup>29</sup> Peter Gowan, «Crisis en el corazón del sistema», *NLR* 55, marzo-abril de 2009.

había nada que un gobierno conservador pudiera hacer que permitiera desalojarlo del cargo mediante las consabidas elecciones». El vídeo se comparte de inmediato, porque capta la conmoción y la alienación que los jóvenes socialistas londinenses han sentido en 2015, 2016 y 2019, y en cada ocasión perciben lo solos y mal representados que están, algo que se ve agravado por el hecho de que muchos de ellos han huido a la capital desde las áreas conservadoras del sur, las Midlands, y en los últimos años, de un norte cada vez más conservador en manos de los *tories*.

Pero la ciudad suburbana, despoblada, centrada en el automóvil y cada vez más abandonada, representada en la película de Keiller, ha desaparecido en gran medida<sup>30</sup>. Una de las razones de ello es el organismo directivo —o más bien, el individuo dirigente— puesto al frente por el Nuevo Laborismo. Ese alcalde electo de «estilo estadounidense», como se solía decir, atestiguaba tanto el odio mortal de Blair hacia la democracia local, como su profundo atlantismo. Analizado en detalle, el nuevo órgano de gobierno de Londres era una sombra apenas democrática del G.L.C. El alcalde elegido solo tendría la responsabilidad de tres áreas: elaborar un «Plan de Londres», regular la Policía Metropolitana y el Cuerpo de Bomberos y supervisar el transporte de Londres. No podía elevar los impuestos ni construir o administrar viviendas y no tendría control sobre las escuelas, lo que sería superado por lo que Mark Fisher llamó «ontología empresarial». Por debajo de los funcionarios no electos del alcalde existiría una Asamblea elegida, cuyos poderes se limitaban poco más o menos a los de los diputados de la Duma rusa bajo el mandato Putin; básicamente dotar de legitimidad a las órdenes recibidas y producir informes. Blair y Brown creían que ese alcalde sería una combinación de gerente y *showman* y, en consecuencia, la alcaldía en cuestión fue descrita por el último alcalde realmente electo de Londres como «una idea totalmente estúpida»<sup>31</sup>.

Blair y Brown trataron desesperadamente de mantener a Livingstone fuera de la papeleta electoral como candidato laborista en las primeras

---

<sup>30</sup> El propio Keiller se dio cuenta pronto de ello y en su primera secuela, *Robinson in Space* (1997) cambió de táctica por completo, centrándose en las áreas suburbanas y en las zonas rurales y rechazando la «tesis Nairn-Anderson» de la primera película sobre el declive y el anacronismo inglés en favor de un análisis del tipo «Wood-Brenner» de Inglaterra como un país capitalista «prístino», que tiene mucho éxito en sus propios términos sádicos.

<sup>31</sup> Livingstone nunca abandonó esa opinión. Véase, por ejemplo, «Ken Livingstone: “Fui alcalde de Londres durante años, pero odio el sistema de la alcaldía”», *TALKRADIO*, 23 de agosto de 2016.

elecciones a la alcaldía en 2000; comenzando con la intimidación personal, pasaron a obstrucciones de procedimiento y terminaron con la manipulación directa de las papeletas. Livingstone se presentó como independiente, fue expulsado del Partido Laborista y ganó con una aplastante mayoría del 58 por 100 de los votos. Sin embargo, aunque procedió a nombrar para su oficina a miembros del grupúsculo trotskista Socialist Action, Livingstone nunca intentó —a diferencia de George Galloway unos años más tarde— crear una alternativa organizada al bloque neoliberal del Nuevo Laborismo. No se produjo un retorno al socialismo popular insurgente que había distinguido al viejo GLC. Livingstone era muy consciente del escaso poder real que conllevaba su nuevo papel, algo que no podría haber quedado mejor simbolizado que en el nuevo City Hall de Norman Foster. Una forma vítrea similar a una larva, que parece como una especie de testículo separado del «pepinillo» fálico del mismo arquitecto en la City, y que copiaba la «transparencia» metafórica de su cúpula de vidrio para el bombardeado Reichstag de Berlín, simbolizando la idea tremendamente simple de que poder «ver» a los políticos moviéndose por dentro equivalía a una forma de supervisión democrática. Ahora, el edificio, bastante desgastado, turbio y triste, parece una cafetería de gran tamaño para los bloques de oficinas de «More London» (*sic*) situados a su alrededor.

Livingstone volcó la mayor parte de sus energías en el transporte. Dispuso el único ataque serio contra el *lobby* automovilístico en la historia política británica, instituyendo un Tasa por Congestión en la zona centro, que pronto redujo más del 10 por 100 el tráfico en la capital. Chocó con una dura resistencia, particularmente del único periódico real de Londres, el derechista *Evening Standard*<sup>32</sup>, y no recibió ningún apoyo del gobierno del Nuevo Laborismo, que parecía considerar la medida una excentricidad personal de Livingstone. Se construyeron más carriles bici que en ningún otro lugar del país. Las tarifas de los autobuses se mantuvieron bajas y sus rutas se ampliaron, lo que condujo a un aumento masivo de su uso. Transport for London (como se llamaba ahora) se propuso convertir la red ferroviaria privatizada de la ciudad en propiedad pública, reorganizada en el London Overground, un sistema similar al S-Bahn alemán. Nuevos trenes recorrían los suburbios del sur de Londres,

---

<sup>32</sup> Los londinenses menores de 40 años a menudo se sorprenden al descubrir que la revista semanal *Time Out* fue en otro tiempo un boletín de agitación radical dirigido por una cooperativa, hasta que fue comprado en 1981. Desde el colapso de su rival *City Limits* en 1993, Londres no ha tenido asombrosamente ninguna prensa significativa aparte del conservador *Evening Standard*.

desde Croydon hasta Wimbledon. Hasta los barcos de pasajeros por el Támesis se integraron en un sistema regulado públicamente. Además, todo esto se enfrentó a la feroz oposición de Blair y Brown. Livingstone luchó contra los planes de Brown de privatizar parcialmente el metro en los tribunales y perdió; las nuevas empresas privadas, Metronet y Tube Lines, eran ineptas e insolventes y su sucesor, Boris Johnson, las nacionalizó silenciosamente en 2008 y 2010 respectivamente. Para entonces, Gordon Brown ya no pudo impedirlo<sup>33</sup>.

El Livingstone de 1981 podría haber contemplado esas mejoras como una actualización del sueño de la década de 1930 de una red de corte moderno-ruskiniano, que uniera a Londres y los londinenses. Pero un efecto totalmente inesperado fue que Transport for London se convirtió en un medio para incrementar el valor de los activos inmobiliarios, cuando las clases medias profesionales y los empleados de los servicios financieros –y aún más, sus hijos–, abandonaron sus grandes automóviles y casas suburbanas y regresaron a la metrópoli, atraídos en parte por un mejor sistema de transporte público. Mientras que las viviendas próximas a las líneas ferroviarias se consideraban sucias, baratas y deterioradas, desde el inicio del nuevo siglo, las situadas en las inmediaciones de una estación de metro, del Docklands Light Railway (DLR) o del London Overground serían más caras que baratas. Ello estaba relacionado con el gran fracaso de Livingstone en relación con la cuestión de la vivienda y la planificación, una consecuencia inextricable de sus acuerdos con la City, enormemente poderosa, y sus aliados en el sector inmobiliario.

### *Construyendo Dubai sobre el Támesis*

El análisis más serio y comprensivo de la alcaldía de Livingstone fue realizado por su antigua camarada en el GLC Doreen Massey. En *World City* (2007) Maseey señaló que la GLA había logrado mucho más de lo que Blair habría querido o esperado, mostrando «un fuerte compromiso a la hora de combatir la desigualdad» y más acceso público a espacios abiertos, lagos y reservas naturales. Nada de esto podía ocultar el hecho de que «el principal axioma económico subyacente es el apoyo a la continuación del crecimiento existente en los servicios financieros y comerciales».

---

<sup>33</sup>Livingstone comenzó, sin embargo, una tradición seguida luego por otros alcaldes de Londres de pelear con el sindicato de trabajadores ferroviarios, el RMT, y enfureció a su antiguo aliado Bob Crow al invitar a los conductores de metro a desbordar los piquetes. Como protesta, Crow abandonó su puesto sindical en la junta de TFL.



En realidad, Londres se volvió más desigual, y no menos, durante el segundo mandato de Livingstone, lo cual se solía entender como un epifenómeno más que como la consecuencia directa de su nuevo planteamiento del crecimiento y la distribución; como señaló Massey, la «advertencia pesarosa» sobre el «Londres exuberante y regado de champagne» —de que «todavía hay pobreza allí»— perdía de vista el hecho de que el «éxito y la pobreza [de Londres] están íntimamente relacionados». Mientras se construían nuevas viviendas de lujo en distritos como Newham, Southwark y Tower Hamlets, todos ellos cerca de áreas que registraban los más altos índices de privación múltiple del Reino Unido, era claramente obvio que la desigualdad entre ricos y pobres era «más marcada que en cualquier otro lugar del país». Sobre todo, «no se trata solo de que los pobres de Londres tengan que vivir («paradójicamente») codo con codo con los ricos, sino también que su propia presencia les hace la vida mucho más difícil». El aspecto en el que ello resulta más visible es el de la vivienda<sup>34</sup>.

Livingstone nunca fue un gran defensor de las viviendas municipales; a principios de la década de 2000 probablemente le habría resultado difícil construir un número elevado de las mismas aunque hubiera querido. A cambio, afirmó que haría que los promotores privados las construyeran. La idea era utilizar los acuerdos de la «Sección 106», un *quid pro quo* por el que los promotores inmobiliarios, a cambio de la rienda suelta obtenida con la legislación impulsada por Thatcher, aceptarían contribuir a la construcción de infraestructura pública básica. El London Plan requería que los promotores —a los que se otorgaba licencia para imprimir dinero por la asombrosa inflación de los precios del suelo y la propiedad inmobiliaria en la capital desde mediados de la década de 1990— construyeran «viviendas asequibles»<sup>35</sup>. Livingstone insistió en que el 50 por 100 de todas las promociones debían ser «asequibles», pero no ofreció definición alguna de lo que ello significaba. Los promotores lo aplicaron debidamente a toda una gama de «productos»: estudios, pisos de una sola habitación, planes de propiedad compartida, «primera vivienda», pisos más baratos en los rincones menos deseables de un complejo dado alejados del agua, la luz solar

<sup>34</sup> D. Massey, *World City*, cit., pp. 86, 54-55, 67.

<sup>35</sup> En el mejor de los casos, como Gillett Square en Dalston, los resultados arquitectónicos podían ser seguros y bien diseñados, a veces conectados con nuevas escuelas, bibliotecas, galerías y centros de transporte. Una influencia notable fue la del arquitecto y dirigente del Nuevo Laborismo Richard Rogers, cuyo manifiesto *A New London* (1992) abogaba por un urbanismo «europeo» de plazas, pisos, parques y viviendas públicas (este último sería el factor que falta en la realidad construida).

y las vistas, o apartamentos en diferentes sitios, con viviendas asequibles para una urbanización en Chelsea que se encuentran en algún lugar de Hammersmith. Comparado incluso con la construcción más descuidada de viviendas del LCC, el resultado era patético.

Peor aún, esas microiniciativas quedaron atrapadas en la tormenta perfecta de la inflación de los precios de la vivienda y el aumento de la población que se desencadenó desde finales de la década de 1990, avivada por los incentivos intensificados al «derecho a comprar» viviendas municipales, el fin de la construcción de otras nuevas y una enorme brecha en el mercado del alquiler, que produjo una gran concentración de la propiedad de suelo y viviendas. Fue también durante el mandato de Livingstone cuando se permitió que la City se saltase todos los controles. Definida durante años por dos únicos rascacielos –la torre NatWest de Richard Seifert en la antigua City amurallada y el piramidal One Canada Square de César Pelli en Canary Wharf–, de repente comenzaron a construirse gran cantidad de bloques de oficinas de gran altura, a menudo alentados por el director de planificación y esteta de la City, Peter Rees, que cobraban formas perversas y experimentales, retorciéndose y girando para enmarcar «corredores de observación» desde los parques de Londres hacia la catedral de St Paul, una de las políticas de planificación más apreciadas de Livingstone. A continuación comenzaron a construirse rascacielos fuera del feudo antidemocrático de la City con la aprobación expresa de la oficina de Livingstone, que creía que los promotores podrían ser exprimidos para la construcción de «viviendas asequibles» y la mejora del transporte. Los resultados fueron ridículos. El acuerdo de la Sección 106 para el «Shard» de noventa y cinco plantas en Bermondsey, el edificio más alto de Europa Occidental, oligárquico tanto en su forma como en su propiedad por parte de la familia real qatari, sólo supuso la construcción de unas pocas paradas de autobús.

Bajo el Nuevo Laborismo se indicó a los promotores que debían construir en terrenos de «*brownfield*», esto es, abandonados por la industria, y no dentro del Cinturón Verde. El resultado fueron dos nuevas ciudades axiales que atravesaban Londres. Una se extendía de este a oeste a lo largo de la antigua ribera sur industrial del Támesis, una columna vertebral poco profunda de «impresionantes promociones», cuyos balcones multicolores asomaban al río silencioso dando la espalda a Southwark, Rotherhithe, Wapping, Greenwich, Charlton y Woolwich. La iniciativa culminó en el bosque de torres conocido por los promotores como

VNEB, acrónimo de Vauxhall Nine Elms Battersea, una antigua zona industrial convertida en un «área de oportunidades» durante el mandato de Johnson, que se extiende a lo largo de más de tres kilómetros desde el zigurat de la sede del MI6 hasta la destripada central eléctrica de Battersea, en gran parte vacía, que se halla desprovista de las instalaciones sociales más básicas, como una especie de Becontree de gran altura para inversores internacionales. La otra ciudad nueva, que corre de norte a sur a lo largo del río Lea, fue parte del esfuerzo constructor para los Juegos Olímpicos de 2012 en el que Livingstone había puesto tanto empeño. Convirtió los suburbios industriales del East End como Hackney Wick y Stratford en colonias de rascacielos de lujo. El comentario de Livingstone sobre ese nuevo distrito enormemente caro fue que «ese era exactamente el plan; ha ido perfectamente»<sup>36</sup>. Pero aunque el nuevo parque a la orilla del río es agradable y la piscina orgánica con la bóveda de Zaha Hadid, deliciosa, para su construcción se destruyeron más viviendas sociales de las que se construyeron, como sucedió con Clays Lane Estate, la promoción de viviendas construida en Stratford y demolida con ocasión de los Juegos Olímpicos de 2012.

El historial de Livingstone en la GLA también queda por debajo de los logros del Parlamento escocés y la Asamblea galesa, que han derogado directamente el «derecho a comprar» la vivienda municipal. Aunque la población de Londres es mucho mayor, desde 2000 se han construido más viviendas sociales nuevas en Escocia que en la capital. Livingstone afirmó que no disponía de la posibilidad de gravar más a los distritos opulentos de Londres para subsidiar a los más pobres; en Escocia, Alex Salmond reclamó repetidamente ese derecho y lo obtuvo<sup>37</sup>. Tal vez Livingstone y sus aliados, más que imposibilitados de actuar contra los poderosos representantes de la propiedad y las finanzas, no estuvieran dispuestos a hacerlo. Dejando a un lado el transporte, lo que Livingstone mantuvo de los años del GLC fue una política oficial de antirracismo, antisexismo, antihomofobia y antiimperialismo, denunciando a Bush como criminal de guerra en un mitin de Stop the War en 2004. Aun así hubo excepciones, siendo la principal el respaldo de Livingstone a la Policía Metropolitana, en particular con respecto a la muerte a tiros del ciudadano brasileño Jean Charles de Menezes en la estación de Stockwell del metro de Londres el 22 de julio de 2005, al sospechar por el color de

---

<sup>36</sup> Para una descripción vitriólica del rediseño olímpico del Valle del Lea, véase Iain Sinclair, *Ghost Milk: Calling Time on the Grand Project*, Londres 2011.

<sup>37</sup> D. Massey, *World City*, cit., p. 146.

su piel que podría tratarse de un terrorista; aquel fue uno de los acontecimientos más sombríos de la Guerra contra el Terror en Londres y un triste epílogo para la carrera del líder que se había unido a la rebelión de Brixton en 1981. Combinado con el gran aumento del coste de la vida, todo ello desmoralizó tanto a las bases de Livingstone que los conservadores, con la ayuda del *Evening Standard*, pudieron hacerse de nuevo con el control la capital en 2008 instalando a Boris Johnson como alcalde.

#### 4. LOS AÑOS DE BORIS JOHNSON

Johnson representaba una camarilla particular del Partido Conservador que era, por primera vez en décadas, más metropolitana que suburbana. Su estrategia electoral en la campaña por la alcaldía en 2008 consistió en una mezcla de lo que su director de campaña, Lynton Crosby, llamó la «Estrategia de la Zona 5»: llamamientos islamófobos a los viejos racistas de las áreas suburbanas, bajo la intolerancia *sotto voce* de los artículos del *Evening Standard* sobre las relaciones amistosas de Livingstone con clérigos musulmanes, junto con la apelación a las clases altas del centro de Londres, todo ello rematado por burlas personales en televisión y la disposición a robar políticas de su oponente cuando fuera necesario. La campaña Stop Boris, fuertemente respaldada por *The Guardian*, trató de centrarse en una de las muchas facetas de este político camaleónico: su mandato como editor del *Spectator*, un semanario político-cultural de derechas desde el que lanzaba a rienda suelta calumnias racistas, cuanto más anticuadas mejor. El objetivo era desvincular a Johnson de su segunda carrera en los medios, redivivo como un *tory* liberal –con su flácido cabello rubio, su autoironía y su desaliño estudiado al estilo de Tommy Cooper–, que aparecía regularmente (ocasionalmente como anfitrión) en la tertulia satírica de corte liberal *Have I Got News for You*. El intento de *The Guardian* de revelar a un fanático victoriano tras el alegre *tory* que podía caer bien a todo el mundo se saldó con un fracaso espectacular.

Los diversos resbalones que marcaron los ocho años de Johnson como alcalde están sabiamente documentados por el arquitecto Douglas Murphy en *Nincompoopolis*<sup>38</sup>. Junto con el trabajo de periodistas como Dawn Foster, Adam Bienkov y el fallecido Tom Barry (blogger de *Boris Watch*), constituyó uno de los pocos intentos de averiguar qué estaba haciendo Boris exactamente en el Ayuntamiento. Al final resultó que los

---

<sup>38</sup> Douglas Murphy, *Nincompoopolis: The Follies of Boris Johnson*, Londres, 2017.

temores de que el gobierno de Johnson significara poner al *Spectator* al frente del poder en Londres eran infundados. Aunque la mayoría de las medidas sobre el transporte propuestas por Livingstone se descartaron, la continuidad en otros aspectos fue clara. Las líneas ferroviarias privadas se convirtieron en propiedad pública bajo la bandera del London Overground, el metro se volvió a nacionalizar y Johnson asumió el proyecto de Livingstone de alquiler de bicicletas, al que agregó el patrocinio del Banco Santander y el nombre «Boris Bikes». El multiculturalismo oficial de Livingstone continuó; Johnson proclamó su lejana ascendencia turca y apareció en el Carnaval de Notting Hill todos los años.

Johnson fue alcalde de Londres durante la crisis financiera de 2008, las ocupaciones estudiantiles de 2010 y los disturbios en agosto de 2011 provocados por la muerte por disparos de la policía en Tottenham de Mark Duggan, de ascendencia afrocaribeña, que iba desarmado. Las predicciones de que el colapso financiero podría conducir a un desastre hipotecario al estilo de 1991 en la capital, con los apartamentos de los *yuppies* situados a orillas del río convertidos en guetos de capital negativo, fueron refutadas en cuestión de meses, pero la Gran Recesión y la agitación en la eurozona intensificaron la crisis de la vivienda en la ciudad, ya que Londres se convirtió en un lugar para ocultar el «capital en dificultades». Cada vez que ocurría una catástrofe en otros lugares del mundo, sus efectos se dejaban sentir en el mercado inmobiliario londinense. La crisis financiera griega hizo que el capital de los constructores navales helénicos se precipitara a Fitzrovia. Cada nuevo episodio de las guerras en el Golfo daba lugar a que Qatar y los EAU compraran volúmenes cada vez mayores de propiedad inmobiliaria en Londres. Las restricciones a la especulación posteriores a la crisis en Malasia y Singapur, que toma como modelo para el 85 por 100 de su construcción de viviendas municipales al antiguo ICC, hicieron que los inversores se lanzaran a edificar rascacielos de lujo al margen del plan en Nine Elms. La guerra entre Rusia y Ucrania motivó que los oligarcas de ambos países se mudaran a los pisos más caros del mundo, en el One Hyde Park de Richard Rogers.

Esta «crisis *superprime*», como la denomina Anna Minton en *Big Capital*, su fundamental estudio sobre los años de Boris, consistió en «una inyección a gran escala de capital global, incluido dinero negro, en el refugio seguro de Londres», combinado con la «flexibilización cuantitativa, la regulación limitada, el empleo flexible y uno de los impuestos de

sociedades con los tipos impositivos más bajos del mundo» para transformar la capital<sup>39</sup>. El aumento resultante en los precios de la vivienda, con una avalancha de capital sobre una oferta insuficiente de viviendas, se comercializó abiertamente como un punto de venta para la inversión especulativa, tanto por la GLA *tory* como por los consejos municipales laboristas<sup>40</sup>. Como señala Minton, el aumento del precio de la vivienda en Londres desde la década de 1970 ha estado por encima de la inflación en un 513 por 100, frente al 166 por 100 en el resto del Reino Unido. El resultado ha sido una situación en la que «los propietarios se benefician directamente de un aumento de precios que excluye a todos los demás». Londres se estaba convirtiendo en una concentración masiva de personas sin propiedades, que casi no tienen derechos legales: la mayoría de los inquilinos tienen contratos de arrendamiento garantizados que duran un año en el mejor de los casos, seis meses en el peor, y están sujetos a aumentos regulares de alquiler muy por encima de la inflación y potencialmente a desalojos «unilaterales» sin causa alguna. Alrededor del 42 por 100 de las viviendas anteriormente municipales perdidas en Londres por el «derecho de compra» han pasado a ser objeto de alquileres privados<sup>41</sup>. En la Europa actual, la propiedad privada de viviendas sólo es menor ahora en Austria, Dinamarca y Alemania, que todavía construyen grandes cantidades de viviendas sociales y donde rigen derechos estrictos para los inquilinos. Éste era el paraíso de los propietarios.

### *Purga social*

El intento de lograr que los promotores de propiedades privadas construyeran viviendas sociales feneció cuando se definió por fin la vivienda «asequible» en el Plan de 2013 elaborado por Johnson, situándola en el 80 por 100 del precio medio de alquiler indicado por el mercado, excluyendo así a la totalidad de la clase trabajadora londinense del «producto» que supuestamente debía resolver sus problemas de alojamiento. En lugar de que los consejos se hicieran cargo del grueso del trabajo que otros no

<sup>39</sup> Anna Minton, *Big Capital: Who is London For?*, Londres, 2017, pp. 7, 14-15.

<sup>40</sup> El consejo municipal de Tower Hamlets, dirigido por los laboristas, produjo un folleto para inversores extranjeros en el plan Blackwall Reach –que debía reemplazar los Robin Hood Gardens, un complejo de viviendas municipales aclamado arquitectónicamente–, señalando como razones para invertir la escasez de viviendas y que Londres era un «refugio seguro»: Anna Minton, «Setting the Scene», en Alberto Duman, Dan Hancox, Malcolm James y Anna Minton (eds.), *Regeneration Songs: Sounds of Investment and Loss from East London*, Londres, 2018, p. 57.

<sup>41</sup> A. Minton, *Big Capital*, cit., pp. 30, xv.

llevaban a cabo, comenzó a suceder exactamente lo contrario. Los distritos londinenses, en su mayoría manejados por los laboristas, comenzaron a canibalizar las viviendas construidas por el ICC, el GLC y sus antepasados municipales, demoliendo edificios en grandes espacios libres y vendiendo el suelo. La nueva estrategia le debía mucho a la heredera de los supermercados Tesco Shirley Porter, líder conservadora del Consejo municipal de Westminster en la década de 1980 y una de las políticas más notorias de Londres. Al observar que las grandes promociones de viviendas de su distrito estaban dejando cada vez más en minoría a los *tories* propietarios de viviendas, Porter adoptó una política de demolición de viviendas municipales en áreas deseables, trasladando a los inquilinos a bloques «difíciles de alquilar» plagados de asbesto y reemplazándolos por nuevas «comunidades estables» público-privadas. Westminster consideró que ello constituía una «venganza en diferido contra Morrison» y su apócrifo plan para desalojar a los conservadores de la capital

Fue increíble ver a las autoridades laboristas locales involucrarse en las mismas políticas durante las dos primeras décadas del nuevo siglo y podría decirse que los efectos de tal opción fueron los que Shirley Porter había imaginado; Battersea, un distrito que en una ocasión había elegido como representante a un miembro del Partido Comunista, optó por los *tories* en 2010, debido en parte a las nuevas e impresionantes «colonias junto al río» recién construidas. Los barrios del centro de Londres de Tower Hamlets, Newham y Southwark fueron los más dañados al venderse a precios de saldo los grandes terrenos que habían adquirido a lo largo del siglo XX. Entre 2005 y 2015 cincuenta propiedades municipales con una población de treinta mil personas fueron sometidas a una «regeneración inmobiliaria», que hizo que el número de viviendas privadas se multiplicara por diez, lo cual supuso una pérdida neta final de ocho mil viviendas sociales. El propio informe de la GLA demostró más allá de toda duda que la política de vivienda en la capital seguida por igual por los consejos laboristas y conservadores había sido un fracaso espantoso<sup>42</sup>. O bien, dándole la vuelta al dictamen de Livingstone, «ése era exactamente el plan; ha ido perfectamente».

Con su habitual desfachatez, Johnson criticó los resultados de la regeneración inmobiliaria como una «limpieza al estilo de Kosovo», al tiempo

---

<sup>42</sup> London Assembly Housing Committee, *Knock It Down or Do It Up? The Challenge of Estate Regeneration*, febrero de 2015. El comité estaba presidido por Darren Johnson (Verde) y Tom Copley (Laborista).

que contribuía al desenvolvimiento del proceso. Realizó algunos cambios estrictamente estéticos, particularmente a través de una Mayor's Design Guide, que despotricó contra la porquería del «Dubai-on-Thames» (otra expresión acuñada por Johnson) consistente en resplandecientes apartamentos de aluminio revestidos de placas de trespas destinados a ejecutivos, pero levantados mediante el simple expediente de construir exactamente los mismos apartamentos revestidos con una cubierta de poco más de un centímetro de ladrillo visto. La solución propuesta por Johnson a la crisis galopante del alojamiento fue siempre que un gran número de viviendas nuevas reduciría, gracias a la ley de la oferta y la demanda, los precios y los alquileres. Esto no tenía sentido; cuando la oferta cayó durante la breve recesión en Londres después de la crisis financiera, también lo hicieron los costes de la vivienda<sup>43</sup>. Por eso muchos londinenses rezan por otro colapso económico.

En 2016, cuando regresó al Parlamento para proseguir su carrera política, el intento de Johnson de presentarse como un tipo diferente de *tory* parecía haber tenido éxito; hasta los gritos de enfado de los transeúntes cuando iba en bicicleta al Ayuntamiento parecían teatrales y básicamente afectuosos. En consecuencia, los conservadores intentaron repetir el truco seleccionando a Zac Goldsmith, otro conservador liberal y ecologista desde siempre, como candidato para las elecciones de 2016 a la alcaldía. Las promesas de seguir favoreciendo el transporte público y «construir casas» fueron respaldadas por una en absoluto sutil campaña islamófoba en el *Evening Standard* contra el candidato laborista Sadiq Khan, diputado por Tooting y protegido de Brown y Miliband. Sin embargo, el racismo dirigido contra Khan fracasó y el intento de Goldsmith de presentarse como algo más que, bueno, un *tory*, también fracasó. Los laboristas ganaron la GLA y la alcaldía por un notable margen.

Esta tendencia ya era visible en las elecciones de 2015, cuando un fuerte giro en la capital vio cómo los escaños suburbanos de Enfield North, Ilford North y la antigua «reina de las áreas suburbanas», Ealing, caían en manos de los laboristas. Eran el tipo de lugares que en otro tiempo habían despreciado a Livingstone y al GLC radical, y «adonde se habían mudado todos los racistas», como este dijo en 1984<sup>44</sup>. Es difícil saber con seguridad si se trata de que el talante del centro de Londres se extiende a estas áreas suburbanas, ya que la gente más joven quedó excluida por los

<sup>43</sup> A. Minton, *Big Capital*, cit., p. 36.

<sup>44</sup> K. Livingstone y T. Ali, *Who's Afraid of Margaret Thatcher?*, cit., p. 48.



precios de los barrios del centro, o de una radicalización entre los que ya vivían allí. Pero de repente había una coalición en marcha en la que los jóvenes recién salidos de las aulas, generalmente con empleos precarios y viviendas terribles, los votantes negros y los pertenecientes a minorías étnicas, que siempre habían votado por los laboristas, y los restos dispersos de la clase trabajadora sindicalizada, estaban todos ellos girando a la izquierda. A finales de 2015 el liderazgo del Partido Laborista estaba en manos de tres radicales londinenses de la década de 1980: Corbyn, Abbott y, retomando su antigua función en el GLC como encargado de asuntos tributarios y presupuestarios de la izquierda, McDonnell.

Muy poco de esto se ha podido ver en la forma en que Khan ha dirigido la alcaldía. Su precaución ha sido extrema, acompañada de ataques salvajes contra Corbyn y una bienvenida a la victoria de Johnson en diciembre de 2019<sup>45</sup>. Respecto del medio ambiente Khan ha sido muy contradictorio, combinando campañas contra las emisiones con el compromiso de construir un segundo túnel de autopista y el apoyo a la expansión aeroportuaria. En los últimos años, el uso del transporte público en Londres cayó por primera vez en dos décadas; los autobuses son significativamente peores: menos frecuentes, a menudo estancados en el tráfico, y con sus rutas truncadas. Khan es probablemente el primer líder del gobierno de Londres que ha crecido en una vivienda municipal, en concreto sobre los arcos de la realmente agradable Henry Prince Estate, construida al estilo de la Viena roja en Earlsfield, al suroeste de Londres. Inicialmente Khan parecía pensar que mencionar esto equivalía a la política municipal de vivienda, pero con el tiempo se ha registrado cierto estímulo a la construcción por parte de las autoridades locales, así como la introducción en 2018 de encuestas sobre los planes municipales de regeneración inmobiliaria. Se ha intentado capacitar a una nueva generación de arquitectos municipales, aunque como este plan está financiado en parte por los promotores, las nuevas viviendas municipales son solo uno de los muchos productos que ofrece<sup>46</sup>. La alcaldía está comprometida sobre todo con el crecimiento de Londres a toda costa, que cuenta con un entusiasta respaldo oficial para una ciudad de 10 millones de habitantes al final de la década, basada en grandes inversiones extranjeras, en una normativa tributaria laxa y en permitir que la City haga lo

---

<sup>45</sup> El pueblo británico «tomó la decisión correcta», dijo Khan a *The Times*. Véase Rosamund Urwin, «Sadiq Khan Interview: Voters were right to shun Jeremy Corbyn», *The Times*, 5 de enero de 2020.

<sup>46</sup> Para una crítica severa, véase Tom Cordell, «Best Laid Plans», *Tribune*, 11 de mayo de 2019.

que quiera. La fe en que inflar constantemente la burbuja inmobiliaria puede ser el medio para la transformación social es absolutamente estúpida, pero Khan no muestra signos de abandonarla.

## 5. PERSPECTIVAS DE LA IZQUIERDA LONDINENSE

Después de 2017 se suscitaron enormes esperanzas en que el liderazgo de Corbyn y la fuerza de Momentum entre las bases hicieran por fin reflexionar a las autoridades locales del ala derechista del Partido Laborista, que habían demolido grandes áreas de viviendas municipales para construir pisos de lujo (Southwark, Tower Hamlets) o se habían implicado en despilfarros inmobiliarios comercializados explícitamente para inversores extranjeros (el de Newham fue el más flagrante). A pesar de algunas batallas notables, esa reflexión nunca se produjo. En Southwark la izquierda se esforzó por tratar de salvar el viejo edificio del Elephant Shopping Centre, su principal centro comercial, una megaestructura de 1965, cuyo fracaso económico llevó a que fuera ocupada por tiendas y espacios muy inusuales; en la década de 2000 había entre otras cosas una librería republicana irlandesa, un restaurante polaco, una bolera, una sala de bingo y, lo más peculiar, muchas tiendas, cafeterías y restaurantes a cargo y uso de la población latinoamericana local. Durante un tiempo los activistas, con la ayuda de muchos concejales laboristas, lograron que se bloqueara la aprobación de la demolición, pero finalmente los líderes laboristas del consejo la impulsaron uniéndose en la votación a los Demócratas Liberales. Hay muchos grafitis en el área en los que se lee: «PETER JOHN [el líder local del Partido Laborista] ES UNA BASURA».

Para defender el historial de Enfield, uno de los consejos más creativos de Londres, el exconcejal Alan Sitkin definió su estrategia como la de un «Estado emprendedor», tomando prestado el término utilizado por Mariana Mazzucato para describir las innovaciones tecnológicas de posguerra<sup>47</sup>. En ese distrito posindustrial de la periferia de Londres se han cosechado algunos éxitos: Enfield tiene una empresa instrumental para construir viviendas municipales, administra su propia red de

---

<sup>47</sup> Alan Sitkin, «Eight years on the frontline of regeneration: lessons from the Enfield experiment», *Soundings*, núm. 68, primavera de 2018; véase también la importante serie de artículos enviados por Aditya Chakraborty desde el barrio a *The Guardian*, «The Enfield Experiment».

calefacción y, con mayor radicalidad que cualquier otra autoridad local, ha comenzado a municipalizar viviendas privadas de alquiler a gran escala. Para evaluar los límites de estas estrategias es instructivo, no obstante, observar un municipio que ha experimentado una inflación particularmente espectacular en los costes de la vivienda: Hackney. Allí la empresa instrumental municipal ha sido ampliamente elogiada por su remodelación de Colville Estate, en Hoxton. En lugar de vender el proyecto a los promotores, el propio ayuntamiento de Hackney encuestó a los residentes, construyó nuevas viviendas y los trasladó a ellas, subsidiándolas mediante la construcción de dos rascacielos residenciales diseñados por David Chipperfield, cuyos pisos se venden por 1 millón de libras cada uno. ¡Qué inteligente! ¡Qué ingenioso! Excepto que, en cuanto puedes cobrar 1 millón de libras por un piso en Hoxton, todos los propietarios del municipio lo saben. Cada vez más personas, que habitan en viviendas inseguras, se ven obligadas a mudarse de barrio o a unirse a la lista de espera del consejo. Mientras tanto, este es elogiado por volver a instalar en viviendas municipales a personas que ya vivían en ese tipo de domicilios.

Hay una razón por la que «empresarial» rara vez ha sido un término de aprobación para la izquierda. La única forma de romper con ello a largo plazo es comprender el término por analogía con otras maldiciones derivadas de la riqueza de recursos, particularmente cuando estas tienen efectos tan tóxicos, las cuales solo pueden eludirse dejando estos sin explotar. No vendas tu suelo y tampoco especules con él. No construyas viviendas privadas, si exceden los presupuestos de la mayoría de los residentes. No juegues al mercado inmobiliario. Pero resistir esa tentación está resultando difícil para los socialistas más convencidos.

### *Baluartes políticos*

La campaña de las elecciones de diciembre de 2019 en Londres parecía surrealista. A pesar de la energía y el entusiasmo de los encuestadores laboristas, en su mayoría jóvenes, había una gran sensación de temor, un palpito de que podía ser la última oportunidad antes de que el cambio climático y el nacionalismo apocalíptico excluyeran cualquier posibilidad de construir una sociedad justa. El Manifiesto Laborista y la campaña oficial, a menudo extraña, arrojaban ideas a diario, la mayoría de ellas buenas; pero era un momento de terror más que de esperanza. Durante la noche electoral, en una sala llena de personas casi todas las cuales

habían hecho campaña, muchas de ellas alternando entre un distrito electoral de Londres y su ciudad natal, los primeros resultados de la BBC que anunciaban una gran victoria conservadora provocaron un fuerte grito de dolor.

Semanas después, cuando se pudieron examinar con calma los resultados de las elecciones –los cambios, la participación–, quedó claro que en Londres habían sido casi exactamente los mismos que en 2017. En varios distritos del centro de Londres se produjo un modesto aumento del voto laborista; en toda la capital se vieron largas colas fuera de los colegios electorales. Las extrañas victorias alcanzadas en el sur en 2017, como en Canterbury, Bedford, Portsmouth South y Reading East, en su mayoría antiguos barómetros, se repitieron con un voto a los laboristas en un día en que se produjo una gran victoria *tory*, al igual que en casi todos los distritos de las «principales ciudades» de Inglaterra y Gales<sup>48</sup>. Los escaños logrados por una estrecha mayoría en manos de los laboristas se mantuvieron –por muy poco en Dagenham, que había votado muy mayoritariamente por el Brexit– a excepción de Kensington, que se perdió por poco más de cien votos, después de una campaña en la que un exministro del gabinete conservador, que se presentó por los Demócratas Liberales, acusó falsamente a la diputada más implicada en los esfuerzos para obtener justicia para las víctimas del incendio de la Torre Grenfell de haber dado el visto bueno a su revestimiento<sup>49</sup>. El rencor por ello y por el narcisismo de aquellos para quienes la Unión Europea superaba todos los demás asuntos, no debería distraernos de la realidad de que si Londres fuera representativo del resto del país, los laboristas habrían obtenido una aplastante victoria. Por supuesto no es así.

Las encuestas a pie de urna revelaron una sorprendente brecha generacional. Si sólo votaran los mayores de 70 años, serían conservadores los parlamentarios elegidos en todas las circunscripciones exceptuando el sur de Gales, Merseyside, la City de Manchester y el centro de Londres; si sólo lo hicieran los menores de 30 años, no habría diputados conservadores en ninguna circunscripción de Gran Bretaña. La muy mitificada *Red Wall*, inventada por los asesores de Johnson en 2019, reúne muchas antiguas áreas industriales, cuyos jóvenes se han visto obligados a

---

<sup>48</sup> El único escaño dentro del «grupo principal» de ciudades que obtuvieron los conservadores fue el de Birmingham Northfield, aunque en las ciudades periféricas de los distritos metropolitanos del Gran Manchester, West Yorkshire y South Yorkshire y las West Midlands los laboristas se hundieron.

<sup>49</sup> Véase la entrevista «Defend Emma Dent Coad», *Tribune*, 8 de diciembre de 2019.

mudarse a las ciudades –y especialmente a Londres–, dejando a una clase de pensionistas nacionalistas resentidos que viven en ciudades horrorosamente abandonadas, pero personalmente aislados de lo peor de la austeridad por el triple bloqueo de las pensiones y por la propiedad generalizada de las viviendas, a menudo de lo que fueron originalmente viviendas municipales. Londres, con la ciudadanía más joven del Reino Unido con mucho, ha sido el epicentro de esta política generacional, y tampoco hay ninguna razón especial para recurrir a la «cultura» como explicación de la divergencia en las pautas de votación. En lugar de hablar de «votantes de la clase trabajadora que se han pasado a los conservadores» es fácil argumentar que ha sucedido exactamente lo contrario. De acuerdo con la definición clásica, gente que tiene que vender su fuerza de trabajo para sobrevivir y no posee propiedades, Londres es la ciudad más proletaria del país. Se podrían hacer observaciones similares sobre la prevalencia de los contratos de cero horas, las condiciones de trabajo inseguras y la relativa falta de empleos sindicados en el sector público. Los londinenses también tienen en promedio los ingresos disponibles más bajos del país, debido al altísimo nivel del coste de la vida. Constituyen sin duda una elite extraña.

Los problemas de las Midlands y el Norte «abandonados» son reales; diferentes a los de Londres, pero reales. Pero fuera de las grandes ciudades, no son apocalípticos. El gran número de ciudadanos sin techo, las ciudades de tiendas de campaña, las deportaciones, los incendios, son un fenómeno metropolitano; las pequeñas ciudades del norte, como Blyth o Bolsover, ven en cambio un deterioro gradual y devastador, que comenzó hace más de cuarenta años. Miles y miles de londinenses deseaban «desesperadamente» derrotar a los conservadores en 2019; en otros lugares, con menos esperanza, era sólo una elección más. Los habitantes de Londres tienen, a pesar de su inseguridad, cierta sensación de que la vida puede mejorar. No han visto nada más que abandono, Matalan y Sports Direct [cadenas de grandes almacenes de ropa y similares] les arrebatan los lugares donde viven. Es más fácil imaginar la reconstrucción y la renovación en un lugar que de modo regular se reforma radicalmente, aunque sea en interés del capital. No hay una razón obvia para decir «¿Pero podemos permitirnoslo?», cuando se te presentan políticas socialistas, si hay mucho dinero chapoteando a tu alrededor cada vez que sales de casa, aunque tú no puedas acceder a él. En Londres, los votantes de la clase trabajadora pueden ver a la clase dominante todos los días; sus rascacielos, sus apartamentos de inversión

de capital, sus casas georgianas de alta seguridad. Eso hace que sea más difícil culpar a los albañiles lituanos de los males sociales. Los londinenses no se imaginaban votando contra el resto del país, sino contra la minoría de londinenses que votan al Partido Conservador y a los Demócratas Liberales, que también son, por regla general, las personas que dirigen el país.

### *Recuperar el Ayuntamiento*

Los londinenses ya han vivido durante ocho años bajo el gobierno de Boris Johnson, por lo que saben de qué va la cosa. A diferencia de los editorialistas liberales, no se sorprenderán cuando nacionalice las franquicias ferroviarias o denuncie los efectos de sus propias políticas. Se pondrán con frenesí parches infraestructurales en el Norte y en las Midlands, lo cual probablemente exacerbará la crisis de la vivienda que afecta a Londres mucho más severamente que a cualquier otro lugar. En estas condiciones, la mejor táctica para la izquierda londinense puede ser girar hacia adentro, usar su enorme ventaja en la capital para construir una alternativa, como lo hizo con Morrison y Livingstone. Hay pocas posibilidades de que Khan lo haga, a menos que sea sometido a una enorme presión. Pero la lista de Momentum para las próximas elecciones a la GLA incluye algunos socialistas declarados como el joven ayudante de Corbyn Liam Young. Cabe esperar que los planes de los jóvenes Corbynistas para el futuro inmediato impliquen la conquista y radicalización de una capital que ya apoya, como ha demostrado, las políticas de izquierda.

Como programa, el Manifiesto Laborista de 2019 –no el de 2017– es un modelo plausible de lo que debe hacerse con los profundos problemas de Londres y su peso absurdamente sesgado en el país. No puede ponerse en vigor en una sola ciudad y con Keir Starmer como líder laborista es poco probable que esa sea la política nacional del partido en 2024. Pero vale la pena señalar algunas cuestiones más generales sobre lo que podría hacer plausiblemente dentro de sus posibilidades un gobierno de Londres. Tendría que ir más allá de los atajos creativos del neoliberalismo descubiertos en las condiciones muy diferentes de Preston, y *mirar hacia afuera*. En París se han construido –y no sólo remozado– miles de pisos municipales nuevos, a menudo en las zonas ricas de la ciudad, además de haberse restaurado y ampliado bloques de torres sin necesidad de desahucios ni de aumentar los alquileres; se ha actuado mucho más decididamente con los automóviles y los grupos de

presión del carbono que en Londres. Berlín ha decretado su propia congelación de alquileres: tiene más poderes que Londres, pero es probable que el asunto llegue a los tribunales. Barcelona ha municipalizado por su cuenta las empresas de energía y agua, en ausencia de un programa de nacionalización desde arriba.

Igualmente importante es el hecho de que *hay que detener el crecimiento de Londres*. Dentro de sus límites actuales, una ciudad de 10 millones de habitantes será insosteniblemente densa y superpoblada y la «solución» propuesta de densificar las calles de viviendas semiadossadas de las áreas suburbanas no se llevará a cabo, ya que implicaría compras obligatorias a una escala revolucionaria. El gobierno municipal de centro izquierda de Seúl ha decretado oficialmente el cese del crecimiento de la capital de Corea del Sur: el buque insignia del Departamento de Arquitectos de la Ciudad ha sido la renovación, en lugar de la demolición, del centro Sewoon Sangga, una estructura arruinada e informalizada de la década de 1960, semejante a Elephant and Castle. Londres debe reconocer que su crecimiento incesante, su sed de infraestructuras y hormigón, es ambiental, geográfica y políticamente desastrosa.

El gobierno de Londres no debe temer *el enfrentamiento* con los poderes fácticos en interés de sus ciudadanos. Los poderes que la GLA ha logrado arrancar al Parlamento, en comparación con sus primos de Cardiff y Edimburgo, han sido mínimos. Debe exigirlos e introducirlos en el London Plan, el único instrumento realmente poderoso que tiene el alcalde. De no hacerlo, la GLA tiene que cambiar el Plan, algo que el grupo militante Just Space ya ha pedido. Y quizá, sobre todo, la izquierda municipal de Londres necesita *recurrir a su propio pasado*. Londres no es una ciudad exclusivamente capitalista, sino una capital que ha tenido más de ciento veinte años de gobiernos socialistas y socialdemócratas, que han contado generalmente con un fuerte apoyo de su población. Han hecho cosas buenas y otras malas o indiferentes; pero las han hecho y con mucha frecuencia en condiciones de gran hostilidad. Si entonces esos gobiernos de izquierda pudieron hacerlo, también nosotros podemos hacerlo hoy.